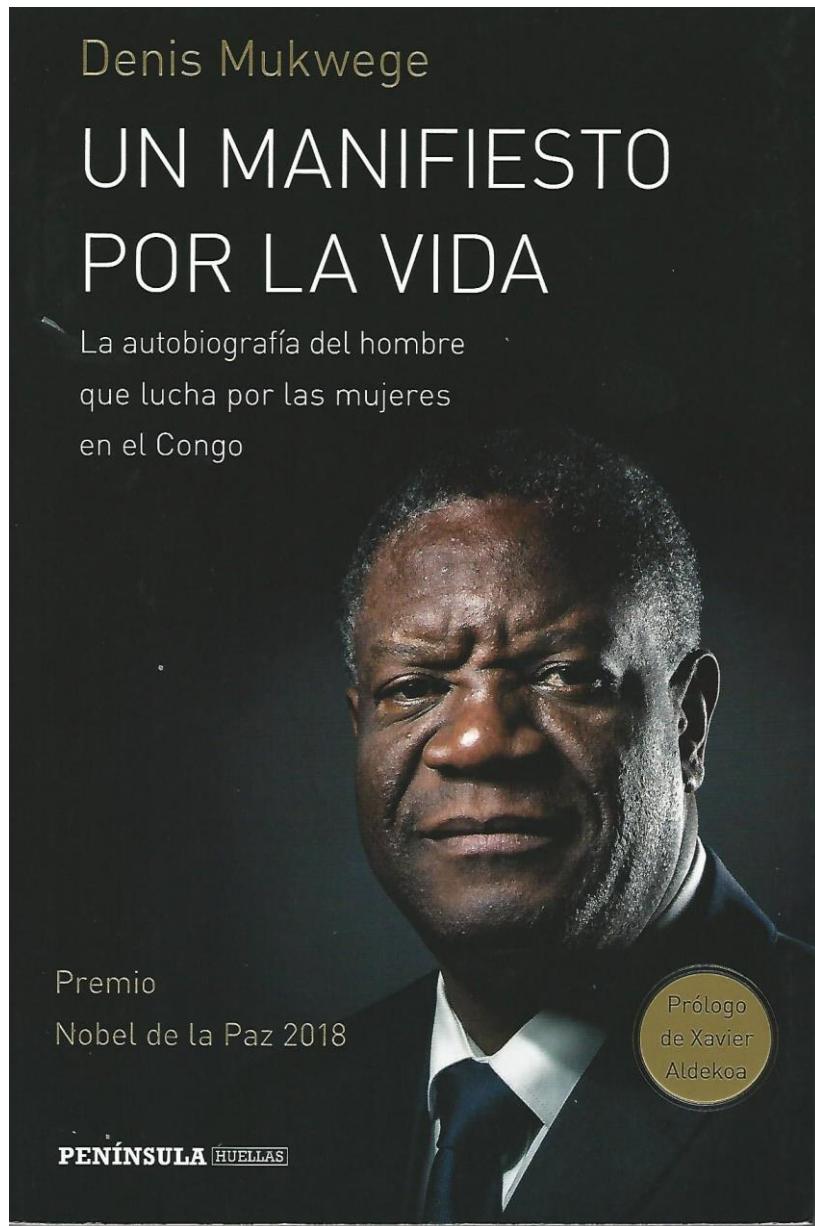


UN MANIFIESTO POR LA VIDA

La autobiografía del hombre que lucha por las mujeres en el Congo



El doctor Denis Mukwege nació en 1955 en el antiguo Congo belga, actualmente República Democrática del Congo, en la región este del país que forma frontera con Ruanda y Burundi. Apenas nacido estuvo a punto de morir debido a una infección por un mal parto.

Cuenta en su libro que está situación de estar prácticamente desahuciado y ser ayudado a no morir generó en él desde muy pequeño el deseo de ayudar a otros.

Estudió medicina en Burundi y aunque en un primer momento quería decantarse por la pediatría, finalmente tras darse cuenta de que muchos partos se producían sin ningún tipo de control decidió estudiar ginecología en Francia. Pero a partir del estallido de la guerra del Congo, en 1996, la situación cambió. Las violaciones y las mutilaciones genitales se convirtieron en armas de guerra, y Denis Mukwege fundó el hospital Panzi, en Bukavu, donde atiende gratuitamente a las víctimas de la violencia sexual. Miles de mujeres han pasado por este centro donde se les ofrece tanto atención médica como asistencia social. Afirma que su prioridad es tratar a las mujeres como supervivientes, que miran hacia el futuro, y no como víctimas, que se centran en el pasado.

Desde entonces una de sus tareas ha sido la de emprender campañas para denunciar las violencias sexuales que se viven en el Congo, reivindicando también que hay que cambiar la cultura sexual masculina en todo el mundo. Por todo ello ha sufrido dos atentados, en uno de ellos resultó muerto el vigilante de su casa y en 1996 el hospital de Lemera, donde él trabajaba, fue atacado y buena parte de sus pacientes y miembros del personal médico fueron ejecutados. También ha recibido cientos de amenazas por su postura ante el conflicto

Pese a ello, Mukwege que compagina su labor médica como pastor evangélico, denunció la situación a su gobierno, que se obstinó en negar lo que estaba ocurriendo, y luego a la comunidad internacional lo que le llevó en el año 2006 a la tribuna de la asamblea general de la ONU para denunciar las agresiones y mutilaciones a las mujeres de su país y el clima de violencia y guerra que se vivía en el mismo.

A partir de entonces ha recibido innumerables reconocimientos y galardones internacionales entre ellos el Premio Olaf Palme a los Derechos Humanos, el Premio de Derechos Humanos de la Naciones Unidas, el premio Sájarov para la Libertad de Conciencia del Parlamento Europeo y en el año 2018 el Premio Nobel de la Paz, que recibió junto a Nadia Murad, antigua esclava sexual del Daesh.

Según su testimonio en la República Democrática del Congo, los civiles no son víctimas colaterales de la guerra o una consecuencia desafortunada del conflicto; son el objetivo. Se atacan a poblaciones enteras porque apoyan a otros grupos rebeldes, por su etnia o para limpiar territorios ricos en minerales o geoestratégicamente importantes

y poder así controlarlos con más facilidad. Asesinar, robar, destruir hogares, esclavizar y violar forma parte de un engranaje de guerra, supervivencia y beneficio. La violencia sexual es una pieza indispensable de ese mecanismo de control: someter a las mujeres significa golpear los cimientos de la sociedad civil. Pero más allá de la muerte y el hambre, la guerra inocula otro veneno que tarda más en actuar: la impunidad.

Incansable luchador por la paz y de los derechos civiles dice: “... a menudo digo que lo único que puede vencer a la violencia es el amor. Amor y más amor...”